

se contra su pecho! ¡Ella contaba con que el rayo le aniquilaría, si tuviera tan monstruosa imprudencia!

Pero ningún resorte la impulsó, y el cielo se reservó sus rayos.

Permaneció postrada, pasiva; como un lío de ropa fué cogida, levantada y transportada por el asesino; tuvo que sufrir la angustia de sentirse desfallecida y abandonada entre los brazos del matador de Camilo, y su cabeza cayó sobre los hombros de Lorenzo, á quien ella miró con ojos agrandados por el horror...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Mírame bien!—murmuró Lorenzo.—¡Tus ojos no me comerán!

Y la echó brutalmente sobre el lecho. La parálitica cayó desvanecida.

Su último pensamiento había sido un pensamiento de terror y de repugnancia.

En adelante, por la mañana y por la noche, habría de sufrir la presión inmundada de los brazos de Lorenzo...

XXVII

Sólo una crisis de espanto pudo obligar á los esposos á hablar, á hacer revelaciones en presencia de la señora Raquín.

Ni uno ni otro eran crueles, y ambos hubieran evitado por unanimidad semejante revelación, aunque su propia seguridad no les hubiera impuesto el deber de guardar silencio.

El jueves siguiente estuvieron sumamente intranquilos.

Desde por la mañana Teresa preguntó á Lorenzo si creía prudente dejar á la parálitica en el comedor durante la velada, porque, sabiéndolo todo, podría dar indicios.

—¡Bah!—respondió Lorenzo.—¡Si no puede mover el dedo meñique! ¿Cómo quieres que charle?

—Quizás consiga encontrar un medio!—replicó Teresa.—Desde la otra noche leo en sus ojos un pensamiento implacable.

—¡No! ¡Mira! El médico me ha dicho que todo había concluído para ella, y si habla alguna vez, será en la última boqueada de la agonía... ¡Bah! ¡Pronto acabará!... Sería estúpido atormentar aún más nuestra conciencia impidiéndola asistir á la velada.

Teresa se estremeció.

—No me has comprendido—gritó.—¡Oh, no! ¡Tienes razón! ¡Basta ya de sangre!... Pero quiero decirte que podríamos encerrar á mi tía en su cuarto y prefiere que está muy abatida, que duerme...

—¡Eso es!—replicó Lorenzo.—Y que el imbécil Michaud entre en el cuarto con la mayor desfachatez del mundo para ver, á pesar de todos, á su vieja amiga... ¡Excelente modo de perdernos!

Y al decir esto, vacilaba: quería aparentar calma y la ansiedad le hacía balbucear.

—Vale más—prosiguió,—dejar correr los acontecimientos. Estas gentes son estúpidas como gansos, y no conocerán nada en la muda desesperación de la anciana. Jamás pensarían en aquéllo, ¡qué han de pensar en ellos! Una vez hecho el primer ensayo, quedaremos tranquilos para siempre, sin temer los resultados de nuestra imprudencia... Ya verás cómo todo saldrá bien.

Por la noche, cuando llegaron los invitados, la señora Raquín ocupaba su sitio ordinario entre la estufa y la mesa, y Lorenzo y Teresa hacían alarde de buen humor, disimulando sus temores y esperando con angustias en el alma el incidente que, á su juicio, había de ocurrir.

Habían fijado la pantalla de la lámpara en la línea más baja, y sólo estaba iluminado el hule de la mesa.

Los contertulios, según costumbre, tuvieron como siempre un rato de charla frívola y ruidosa que precedía á la primera partida de dominó, y Grivet Michaud no dejaron de dirigir á la parálitica las preguntas usuales acerca de su salud, contestándose después ellos mismos del modo más satisfactorio, según costumbre; y en seguida, sin volver á ocu-

párse para nada de la pobre anciana, la reunión se engolfó con delicia en el juego.

La señora Raquín, desde que conoció el horrible secreto, esperaba febrilmente aquella velada, y había reunido sus postreras fuerzas para denunciar á los culpables.

Temió, hasta el último instante, no asistir á la reunión, creyendo que Lorenzo la haría desaparecer, la mataría quizá, ó, por lo menos, la encerraría en su cuarto; más cuando vió que la dejaba allí, cuando estuvo en presencia de los invitados, disfrutó de viva alegría, pensando que iba á intentar la venganza de su hijo; y comprendiendo que su lengua estaba muerta, ensayó un lenguaje especial; por un esfuerzo poderoso de su maravillosa voluntad, pudo galvanizar su mano derecha, y alzarla ligeramente de sus rodillas, donde la tenía siempre tendida, inerte; hízola deslizar luego poco á poco á lo largo de un pie de la mesa, y consiguió colocarla sobre el hule; allí, agitó débilmente los dedos, como para llamar la atención.

Cuando los jugadores vieron en medio de ellos aquella mano de muerta, blanca, blanda, quedaron sorprendidos; Grivet se detuvo, con el brazo levantado, en el momento mismo de ir á colocar triunfante el seis doble...

¡Desde su ataque, la imposibilitada no había conseguido mover la mano!

—¡Eh! ¡Teresa, mira, mira!—gritó Michaud.—Mira cómo la señora Raquín agita los dedos... Sin duda desea alguna cosa.

Teresa no pudo responder: ella, como Lorenzo, había observado con terror el trabajo de la parálitica, y miraba aquella mano aun más amarrillenta con el crudo reflejo de la lámpara, como una mano vengadora que iba á hablar.

—¡Pardiez!—dijo Grivet.—¡No hay duda que desea alguna cosa!... nosotros nos entendemos muy bien... quiere jugar al dominó... ¡eh! ¿No es verdad, querida señora?

La señora Raquín hizo un ademán violento de negativa; alargó un dedo, dobló los otros con in-

menso trabajo, y empezó á trazar penosamente varias letras sobre la mesa; y cuando apenas había trazado algunos rasgos, Grivet exclamó de nuevo con aire triunfal:

—¡Ya comprendo! Dice que he hecho bien en poner el seis doble.

La parálitica lanzó sobre el viejo empleado una mirada terrible; volvió á empezar la palabra que quería escribir, pero á cada momento Grivet la interrumpía declarando que ya la había comprendido, que era inútil que prosiguiese y diciendo alguna nueva patochada. Michaud acabó por hacerle callar.

—¡Qué diablo! Dejad hablar á la señora Raquín... Hablad, mi buena amiga.

Y fijó los ojos en el hule, como si prestasen atención para oír; pero los dedos de la parálitica se entorpecían, habían comenzado una palabra más de diez veces, y sólo la trazaban extraviándose á derecha é izquierda.

Michaud y Olivier se inclinaban, no pudiendo leer, y obligaron á la parálitica á principiar de nuevo las primeras letras.

—¡Ah!—exclamó Olivier de repente.—Ahora sí que he leído... Acaba de escribir su nombre de usted, Teresa... Veamos: *Teresa y...* acabad, querida señora.

Teresa estuvo á punto de gritar, aterrada; miraba los dedos de su tía deslizarse sobre el hule, y parecíale que aquellos dedos escribían su nombre y declaraban su crimen con caracteres de fuego; Lorenzo se levantó bruscamente, preguntándose si debía arrojarle sobre la parálitica y romperle el brazo.

Al sentir sobre su sér el peso y el frío del castigo, y al ver que aquella mano resucitaba para revelar el asesinato de Camilo, lo creyó todo perdido.

La señora Raquín continuaba escribiendo sobre el hule, aunque de un modo más tembloroso, más vacilante...

—¡Perfectamente! ¡leo perfectamente!—dijo Olivier, después de un momento, mirando á los espo-

sos.—Vuestra tía ha trazado los nombres de los dos:
Teresa y Lorenzo.

La anciana hizo repetidas señales de afirmación, y lanzó sobre los asesinos una mirada que les anonadó; quiso acabar, pero sus dedos estaban ya rígidos; la voluntad suprema que los galvanizaba huía, la parálisis bajaba lentamente á lo largo del brazo, y otra vez se apoderaba del puño.

Apresuróse, y pudo aún trazar una palabra.

El viejo Michaud leyó en alta voz:

—*Teresa y Lorenzo han...*

—¿Qué es lo que han... vuestros queridos hijos?

Los asesinos, poseídos de loco terror, estuvieron á punto de acabar la frase en voz alta: contemplaban la mano vengadora con mirada fija y aturdida, cuando súbitamente vieron que aquella mano, presa de convulsión, caía sobre la mesa, deslizábase á lo largo de la rodilla de la parálisis como una masa de carne inerte.

Había vuelto la parálisis é impedido el castigo. Sentáronse Michaud y Olivier lamentando no saber más, mientras Teresa y Lorenzo disfrutaron de alegría tan cruel, que se sintieron desfallecer al impulso del flujo de sangre que hervía en su pecho.

Grivet estaba humillado de que no se le hubiera creído bajo su palabra, y considerando que la ocasión era oportuna para reconquistar su infalibilidad, quiso concluir la frase que dejó la señora Raquín; como quiera que se buscase sin acabar el sentido de aquella frase, dijo:

—¡Claro! Adivino la frase entera en los ojos de la señora, y no hay necesidad de que la escriba sobre la mesa. A mí me basta una mirada suya... Ha querido decir: *Teresa y Lorenzo han cuidado mucho de mí.*

Grivet debió aplaudirse, porque todos los contertulios fueron de su parecer é hicieron cumplidos elogios del matrimonio, el cual era tan bueno para con la pobre señora.

—Es cierto—dijo gravemente el viejo Michaud.

—La señora Raquín ha querido rendir homenaje

de gratitud á las tiernas atenciones que le prodigan sus hijos. Esto honra á toda la familia.

Y añadió volviendo á coger las fichas:

—Vaya, continuemos; ¿dónde estábamos? Creo que Grivet iba á poner el seis doble.

Grivet puso, en efecto, el seis doble, y la partida continuó estúpida y monótona.

La parálisis miraba su mano, abismada en espantosa desesperación. Su mano acababa de traicionarla; sentíala ahora pesada como un lingote de plomo, y adivinaba que jamás podría volver á levantarla; el cielo no quería que Camilo fuese vengado, quitando á su madre el único medio de revelar al mundo el asesinato de que había sido víctima.

Decíase la infeliz que ya sólo servía para reunirse con su hijo en la fosa. Bajó los párpados, sintiéndose inútil, procurando creer que se hallaba ya en la noche de la tumba.

XXVIII

Dos meses hacía ya que Teresa y Lorenzo padecían las angustias de su unión, y sufrían el uno por el otro.

Quando el aborrecimiento les acometió, acabaron por dirigirse miradas de cólera, llenas de sordas amenazas.

Forzosamente había de sobrevenir el odio mutuo. Habíanse amado como brutos, con pasión intensa, pasión de sangre; luego, en medio de los enervamientos del crimen, su amor se había trocado en miedo y habían experimentado una especie de espanto físico ante sus besos; hoy, bajo el sufrimiento que les imponía la vida común del matrimonio, se rebelaban y encolerizaban.

Fué un odio atroz, que tenía estallidos espantosos; conocían que se estorbaban mutuamente, y decíanse que su existencia pasaría más tranquila si no estuviesen siempre frente á frente; parecían que un peso enorme les ahogaba al encontrarse juntos y hubieran querido alejar este peso,

anonadarlo; mordíanse los labios é ideas violentas cruzaban por sus ojos; sentían feroz deseo de devorarse mutuamente.

En su interior un solo pensamiento les carcomía. Irritábanse contra su crimen, y se desesperaban al pensar que su vida estaba por él dislocada siempre; de ahí procedía toda su cólera y todo su odio; conocían que el mal era incurable, que hasta á la muerte les perseguiría el espectro de Camilo, y no sabiendo en quién vengarse, se execraban á sí mismos ante aquel pensamiento de perpetuo sufrir.

No querían reconocer á las claras que su matrimonio era el castigo fatal del asesinato, y rehusaban oír la voz interior que les clamaba la verdad, exponiéndoles la historia de su vida.

Empero en las crisis de terror que les sacudían, adivinaban claramente los furios de su sér egoísta que les impulsó al asesinato para satisfacer sus apetitos, y no hallaban en el asesinato, sino una existencia desolada é intolerable; acordábanse de lo pasado, y sabían que su esperanza, engañada por la lujuria, disfrazada de felicidad, únicamente les había conducido á los remordimientos.

Si hubiesen podido abrazarse tranquilamente y vivir en plena alegría, no hubieran llorado á Camilo sino que el crimen les hubiera servido de pasto para engordar.

Su cuerpo se revolvía rechazando el matrimonio, y ambos se preguntaban con terror á dónde les conduciría su espanto y su repulsión.

Sólo veían ante sí un porvenir espantoso de dolor y un desenlace siniestro y violento.

Entonces como dos enemigos á quienes se hubiera atado juntos y que hiciesen vanos esfuerzos para sustraerse á tan forzoso abrazo, extendían sus músculos y sus nervios; pero comprendiendo luego, que jamás se librarían de él, irritados por las ligaduras que torturaban su carne, teniendo asco de su propio contacto, sintiendo crecer de hora en hora su malestar, olvidando que ellos mismos se habían unido el uno al otro y no pudiendo aguantar

más tiempo los vínculos que les unían, dirigiánse sangrientos reproches, tratando de sufrir menos; curando las heridas que se causaban, injuriándose, embruteciéndose con sus gritos y sus acusaciones.

Cada noche tenían una querrela, y se hubiese dicho al verles que buscaban ocasiones propicias de exasperarse para dilatar sus nervios contraídos; se espiaban, se acechaban con la mirada, escudriñando en sus heridas, hiriéndose en lo más vivo de cada llaga, y sintiendo áspera voluptuosidad en recordarse su dolor.

Vivían en medio de continua irritación, repeliéndose á sí mismos, no pudiendo sufrir una palabra, un gesto, una mirada, sin padecer y sin que delirasen; todo su sér estaba dispuesto para la violencia, y las contrariedades se agrandaban de una manera enorme en su organismo dislocado, transformándose en groseros insultos.

Una nimiedad provocaba un verdadero huracán que duraba hasta el día siguiente.

Un plato demasiado caliente, una ventana abierta, un mentís, una sencilla observación, bastaban para exasperarles y originar crisis de locura; y, siempre, en el momento de las disputas, arrojábanse al rostro el ahogado.

De palabra en palabra llegaban á recriminarse por la terrible escena de Saint-Ouen, y entonces veíanlo todo de color de sangre y se exaltaban hasta la rabia, ocurriendo escenas atroces: ahogos, golpes, gritos innobles, brutalidades vergonzosas.

Ordinariamente Lorenzo y Teresa se exaltaban así después de la comida, y se encerraban en el comedor para que nadie oyese el ruido de su desesperación; allí, en el fondo de aquella pieza húmeda y sombría, de aquella especie de cueva, iluminada por los fulgores amarillentos de la lámpara, podían devorarse con más desahogo.

En medio del silencio y de la tranquilidad del aire, su voz tornábase seca y no callaban sino cuando estaban rendidos de fatiga.

Sólo entonces podían disfrutar algunas horas de reposo.

Sus disputas llegaron á ser para ellos como una necesidad, como un recurso para embotar sus nervios y conciliar el sueño.

La señora Raquín les escuchaba: estaba siempre allí, en su butaca, con las manos sobre las rodillas, la cabeza erguida, la faz muda. Oíalo todo y su carne muerta no sentía ni un calofrío siquiera.

Sus miradas se fijaban en los asesinos con aguda fijeza.

Su martirio debía ser atroz: poco á poco, detalle por detalle, conoció todos los hechos que precedieron y siguieron al asesinato de Camilo; conoció todas las porquerías y todos los crímenes de aquellos á quien ella llamaba sus hijos queridos.

Las querellas de los esposos la enteraron de todas las circunstancias del crimen: ellos mismos expusieron uno á uno ante su espíritu aterrizado los episodios de la horrible aventura.

Y mientras ambos revolvían aquel lodo sangriento, la pobre impedida demandaba clemencia, creía llegar al término de la infamia y le era preciso hundirse aun más en el cieno.

La primera confesión había sido brutal y aniquiladora, pero sufría más con aquellos golpes reiterados, con aquellos hechos sueltos que los esposos dejaban escapar en medio de sus arrebatos y que iluminaban su crimen con siniestros fulgores.

Cuando menos una vez al día oía aquella madre la narración del asesinato de su hijo, y cada día hacía más espantoso el relato, más detallado, y era referido con más fuerza, con más crueldad ante sus propios oídos.

En ocasiones, Teresa, acosada por los remordimientos en presencia de la carátula inmóvil y descolorida de su tía, por la cual resbalaban gruesas lágrimas, dirigíase á Lorenzo cojurándole á que callase.

—¡Eh, déjame!—gritaba él con brutalidad.—¡Bien sabes que ella no nos ha de denunciar!... ¿Acaso soy yo más feliz que ella?... Ya tenemos su dinero y no tengo por qué mortificarme...

Y la querella continuaba, áspera, violenta, asesinando otra vez á Camilo.

Ni Teresa ni Lorenzo se atrevían á ceder ante los pensamientos de compasión que se les ocurrían á veces, encerrando á la parálitica en su cuarto cuando reñían, para evitarla así el relato del crimen.

Temían matarse si desapareciese de su presencia aquel cadáver medio vivo.

Su compasión se rendía ante su cobardía é imponían á la señora Raquín indecibles sufrimientos, porque necesitaban de ella para protegerse contra sus alucinaciones.

Todas sus disputas se parecían, y todas les arrastraban á las mismas acusaciones: desde que se pronunciaba el nombre de Camilo, desde que uno de ellos acusaba al otro de haber asesinado á aquel hombre, producíase un choque espantoso.

Una noche, á la hora de comer, Lorenzo, que buscaba un pretexto para irritarse, halló tibia el agua de la botella, y dijo que le causaba náuseas y que él quería agua fresca.

—No he podido encontrar hielo,—respondió secamente Teresa.

—Pues bien: no beberé,—replicó Lorenzo.

—¡Pero si esta agua es excelente!

—Está caliente y sabe á cieno. Diríase que es agua de río.

Teresa repitió:

—¡Agua de río!...

Y rompió súbitamente á llorar.

Todo un mundo de recuerdos se agolpó en su espíritu.

—¿Por qué lloras?—preguntó Lorenzo, que adivinaba la respuesta y estaba ya pálido.

—Lloro, lloro...—murmuró entre sollozos la joven.—¿Por qué? bien lo sabes... ¡Oh, Dios mío, Dios mío... Tú fuiste quien lo mató...

—¡Mientes! ¡Confíesalo!... Si lo arrojé al Sena, tú me impulsaste al asesinato...

—¡Yo, yo!

—¡Sí! ¡Tú!... No te finjas ignorante, ni me obligues á hacerte confesar la verdad á la fuerza.

Preciso es que confieses tu crimen, que aceptes la parte que te corresponda en el asesinato. Esto me tranquiliza y me alivia.

—¡Pero si no soy yo quien ha ahogado á Camilo!

—Sí, mil veces sí! ¡Eres tú!... ¡Oh! ¿Finges asombro y olvido? Espera. Voy á apelar á tus recuerdos.

Y se levantó, inclinóse hacia su mujer, y con el rostro amoratado, gritó iracundo, pegado á su cara:

—Tú estabas en la orilla, acuérdate... y te dije en voz baja: «Voy á echarle al río...» Entonces aceptaste, entrando en la lancha... ¡Tú le asesinaste como yo! ¡lo ves!

—¡Eso no es verdad!... Yo estaba loca; yo no sé lo que hice... pero jamás quise matarle. ¡Tú sólo cometiste el crimen!

Estas negativas atormentaban á Lorenzo, á quien, como él decía, la idea de tener un cómplice le causaba grande alivio; si á ello se hubiese atrevido, habría tratado de demostrarse á sí mismo que todo el horror del crimen recaía sobre Teresa.

Asaltábanle vehementes deseos de pegar á su mujer hasta obligarla á confesar que ella era más culpable.

Y se puso á pasear por el cuarto, gritando, delirando, seguido por las miradas fijas de la señora Raquín:

—¡Ah, miserable, miserable!...—balbuceaba con voz ahogada.—¡Quieres que me vuelva loco!... ¡Ah! ¿No subiste una tarde hasta mi cuarto, como una prostituta, á embriagarme con tus caricias para que me decidiera á librarte de tu marido? ¡Te repugnaba! ¡Oía á niño enfermo! ¿No me dijiste esto hace tres años, cuando vine á verte? ¿Pensaba entonces yo en esto? ¿Era acaso un bribón? Yo vivía muy tranquilo, como un hombre honrado, no haciendo mal á nadie... ¡Era incapaz de aplastar una mosca!

—¡Tú, tú has matado á Camilo!—repitió Teresa con obstinación desesperada, que hizo perder la cabeza á Lorenzo.

—¡No! ¡Tú fuiste! ¡Te digo que fuiste tú!—replicó Lorenzo con terrible arranque de desesperación.—¡Mira! ¡No me exasperes, porque esto acabaría

mal!... ¡Cómo, desgraciada! ¿Ya no te acuerdas? Te entregaste á mí como una meretriz, ahí mismo, en el cuarto de tu marido... ¡Ahí mismo, sí, me has hecho conocer liviandades que me enloquecieron!... Confiesa que tú lo habías calculado todo, que odiabas á Camilo, que hacía tiempo que anhelabas matarle. Me has tomado por querido para arrojarle sobre él y aplastarle...

—¡Eso no es verdad! ¡Es monstruoso lo que estás diciendo!... No tienes derecho para echarme en cara mi debilidad... Yo puedo decir, como tú, que antes de conocerte era mujer honrada, que nunca había hecho daño á nadie. Si yo te he vuelto loco, tú me has enloquecido aun más, ¿oyes, Lorenzo? porque tendría muchas cosas que reprocharte.

—¿Que tendrías que reprocharme?

—¡Nada!... ¡No!... No me has librado de mí misma, te has aprovechado de mis abandonos, te has complacido en martirizar mi vida... Te lo perdono todo. Pero, por favor, no me acuses de haber matado á Camilo. Guarda tu crimen para ti, no trates de asustarme más...

Lorenzo levantó la mano para herir á Teresa en el rostro.

—¡Pégame!—añadió la joven.—¡Prefiero esto! ¡Sufriré menos!...

Y le presentó el rostro.

Pero Lorenzo se reprimió, tomó una silla y sentóse al lado de su mujer.

—Escucha,—la dijo con voz que se esforzaba por aparentar tranquila.—Eres cobarde al rehusar la parte que te corresponde en el crimen, sabes perfectamente que lo cometimos juntos, y que tú eres tan culpable como yo... ¿Por qué quieres hacer mi carga más pesada, diciendo que eres inocente? Si fueses inocente, no habrías consentido en casarte conmigo... ¡Recuerda los dos años que han seguido al del asesinato!... ¿Quieres intentar una prueba? Pues bien: iré á decirselo todo al procurador imperial, y verás cómo ambos somos condenados.

Los dos se estremecieron, y Teresa replicó:

—Los hombres tal vez me condenarían, pero Camilo bien sabe que tú lo hiciste todo... ¡No me atormenta por la noche como te atormentó á ti!...

—¡Camilo me deja en paz!—exclamó Lorenzo pálido y trémulo.—¡Eres tú, tú sola, quien le ve pasar en tus pesadillas! ¡Yo te he oído gritar!

—¡No digas eso!—exclamó la joven con cólera.—¡Yo no he gritado! ¡Yo no quiero que venga el espectro!... ¡Oh! ¡Comprendo! quieres apartarlo de ti... ¡Soy inocente, soy inocente!...

Y se miraron con terror, quebrantados por el cansancio, temiendo haber evocado el cadáver del ahogado.

Sus querellas terminaban siempre así: los dos se fingían inocentes; los dos procuraban engañarse á sí mismos, para ahuyentar sus lúgubres visiones; los dos hacían esfuerzos supremos para rechazar su responsabilidad en el crimen, y se defendían como ante un tribunal, dirigiéndose mutuamente los más graves cargos.

Y lo extraño era que jamás conseguían engañarse con sus propios juramentos, y que se acordaban perfectamente de todos los detalles del asesinato.

Lesían estas confesiones en sus ojos, aunque sus labios mintiesen: eran mentiras pueriles, afirmaciones ridículas, disputa de palabras entre dos miserables que mentían, á sabiendas, sin poder ocultarse que mentían.

Llenaban sucesivamente el papel de acusador, y por más que el proceso que seguían el uno contra la otra no diese resultado alguno, volvían á reanudar sus sesiones cada noche con cruel encarnizamiento.

Sabían que nada lograrían demostrarse y que no borrarían lo pasado, pero se obstinaban en su tarea y la reanudaban siempre, aguijoneados por el dolor y por el espanto, vencidos anticipadamente por la aterradora realidad.

Sólo lograban que sus querellas producir una tempestad de voces y de gritos, y el ruido de aquella confusión les aturdiría algunos momentos.

Y mientras duraban sus arrebatos, mientras se acusaban, la parálitica no apartaba sus miradas de ellos.

Brillaba la alegría en sus ojos cuando Lorenzo levantaba su ancha mano sobre la cabeza de Teresa.

XXIX

Las cosas presentaron nuevo cariz.

Teresa, poseída de terror, sin encontrar un pensamiento que la consolara, no ocultaba á Lorenzo sus lágrimas de arrepentimiento.

Ella experimentó grande postración; sus nervios, ya demasiado rígidos, se rompieron, y su naturaleza, seca y violenta, se desplomó.

Ya durante los primeros días del matrimonio había sentido alguna ternura; ésta volvió y fué como una reacción necesaria y fatal.

Después de haber luchado con todas las fuerzas de su energía nerviosa contra el aspecto de Camilo, después de haber vivido durante muchos meses, irritada, revolviéndose secretamente contra sus sufrimientos, procurando curarse de ellos por la fuerza de su voluntad, experimentó tal cansancio, que al fin se doblegó y fué vencida.

Entonces, amedrentada como una niña, no sintiéndose con fuerza para sobreponerse á su terror, se entregó á la piedad, á las lágrimas, al remordimiento, creyendo sin duda que el ahogado, que no había cedido ante su exaltación, cedería ante sus lágrimas.

Tuvo así remordimientos por cálculo, diciéndose qué era sin duda el mejor medio de aplacar y de satisfacer á Camilo.

A la manera que ciertas devotas piensan engañar á Dios y alcanzar su perdón rezando con los labios y tomando la actitud humilde de la penitencia, así se humilló Teresa, golpeándose el pecho y profiriendo palabras de arrepentimiento, sin tener en el fondo del corazón otra cosa que terror y cobardía.

Además, sentía una especie de placer físico en

abandonarse, en caer en la molicie y en ofrecerse al dolor sin resistencia.

Atormentó á la señora Raquín con su desesperación lacrimosa, y la parálitica llegó á serle de uso diario; servíale como de reclinatorio, de mueble ante el cual podía sin temor confesar sus faltas y pedir perdón.

Desde que sentía la necesidad de llorar, de distraerse sollozando, se arrodillaba ante la imposibilitada, y allí gritaba, se ahogaba en sollozos y ejecutaba por sí sola una escena de remordimientos —¡Soy una miserable!—baluceaba.—¡No merezco perdón! ¡Os he engañado!... Yo he conducido que la aliviaban debilitándola.

vuestro hijo á la muerte, y jamás debéis perdonarme... Sin embargo, si leyeseis en mí los remordimientos que me desgarran, si supiéseis cuánto sufro, acaso me tendríais piedad... No, no, nada de piedad para mí: yo quisiera morir así á vuestros pies, consumida por la vergüenza y el dolor.

De esta manera hablaba Teresa durante horas enteras, pasando de la desesperación á la esperanza, condenándose primero y perdonándose después: ya tomaba el acento de una niña enferma, ora corto, ora quejumbroso, ya tocaba con su frente en el suelo, y en seguida se levantaba, obedeciendo á todas las ideas de humildad y de arrogancia, de arrepentimiento ó de rebelión que cruzaban por su mente.

Algunas veces hasta olvidaba que se hallaba arrodillada ante la señora Raquín, y continuaba su monólogo en desvarío, y cuando se había aturrido con sus propias palabras, se levantaba vacilante, atontada, y descendía á la tienda tranquila, sin temor de prorrumpir en sollozos delante de sus parroquianos.

Cuando la acometía una nueva necesidad de remordimientos, apresurábase en subir y volvía á arrodillarse ante la impedida.

La escena renovábase así diez veces al día.

Teresa no pensaba jamás en que sus lágrimas y

la exposición de su arrepentimiento debían producir angustias terribles en su anciana tía.

¡En verdad que si hubiera intentado buscar un suplicio para el mayor tormento de la señora Raquín, seguramente no se habría encontrado otro más espantoso que la comedia de los remordimientos ejecutada por su sobrina!

La parálitica adivinaba el egoísmo que escondían esas efusiones de dolor, y sufría horrorosamente con aquellos largos monólogos que se veía obligada á oír á cada instante, y que continuamente ponían ante sus ojos el asesinato de Camilo.

Ella no podía perdonar; encerrábase en un pensamiento implacable de venganza, que hacía más agudo su misma impotencia, y le era forzoso estar oyendo todo el día súplicas de perdón y oraciones humildes y cobardes, ella hubiera querido responder cuando ciertas frases de su sobrina hacían subir á su garganta violentas negativas, pero tenía que permanecer callada, dejando á Teresa defender su causa, sin interrumpirla jamás.

La imposibilidad de gritar y de taparse los oídos en que se hallaba, la causaban tormento inexplicable, y tanta á una llegaban á su mente las palabras de la joven, lentas y quejasas como un canto irritante; hubo momento en que los asesinos le infligían aquella especie de suplicio por un pensamiento diabólico en cerrar los ojos tan luego como su sobrina se arrodillaba ante ella.

¡Si la oía, no la veía!

Teresa llegó á alentarse hasta abrazar á su tía.



Un día, en un acceso de arrepentimiento, fingió haber sorprendido en los ojos de la parálitica un pensamiento de misericordia; se arrastró de rodillas, y se levantó exclamando con voz descompuerta:

—¡Vos me perdonáis!... ¡Vos me perdonáis!... Y luego besó la frente y las mejillas de la pobre anciana, que no pudo echar atrás su cabeza.

Teresa Raquín—13

La carne fría en donde puso los labios causó en Teresa suma repugnancia, y pensó que esta repugnancia, como las lágrimas y los remordimientos, serían un medio excelente para aplacar sus nervios, y así continuó todos los días abrazando á la paralítica por penitencia y para aliviarse.

—¡Oh, qué buena sois!—exclamaba Teresa algunas veces.—Yo veo perfectamente que mis lágrimas os han conmovido... Vuestras miradas están llenas de piedad... ¡Me he salvado!...

Y la agobiaba con caricias, ponía su cabeza sobre sus rodillas, la besaba la mano, la sonreía con fingida felicidad y la cuidaba con muestras de apasionado afecto.

Al cabo de algún tiempo Teresa llegó á creer en la realidad de aquella comedia, é imaginóse que había obtenido el perdón de la señora Raquín, y no hablaba sino de la dicha de poseerlo.

Esto era demasiado para la paralítica, y creyó morir: con los besos de su sobrina experimentaba la misma sensación acre de repugnancia y de ira que la dominaba por la mañana y por la noche cuando Lorenzo la acogía entre sus brazos para levantarla ó acostarla.

Veíase obligada á sufrir las inmundas caricias de la miserable que había traicionado y asesinado á su hijo; no podía siquiera borrar con su mano los besos que aquella mujer estampaba en sus mejillas, y durante muchas horas sentía la impresión abrasadora de aquellos besos.

De esta manera había llegado á convertirse en muñeca de los asesinos de Camilo, muñeca que ellos vertían, que volvían á derecha é izquierda, que manejaban á su antojo, según sus necesidades y sus caprichos; y ella permanecía inerte entre sus manos, como si hubiera tenido vacías las entrañas; y sin embargo, sus entrañas estaban vivas, revueltas, destrozadas al menor contacto de Teresa ó de Lorenzo.

Lo que más le desesperaba era la burla atroz de la joven, cuando ésta pretendía leer en su mirada pensamientos de misericordia, siendo así que hubie-

ra querido más bien herir de un rayo á la criminal.

Muchas veces hizo esfuerzos supremos para lanzar un grito de protesta, y puso todo su odio en sus miradas; pero Teresa, que sentía igual fruición en repetirse veinte veces al día que estaba perdonada, redobló sus caricias, no queriendo adivinar nada.

¡Fué preciso que la paralítica aceptase el agradecimiento y las efusiones que su corazón rechazaba!

Desde entonces la señora Raquín vivió en amarga é impotente irritación, frente á su sobrina, que buscaba ternuras adorables para recompensarla de lo que ella llamaba su bondad celestial.

Cuando Lorenzo estaba allí, y su mujer se arrodillaba ante la señora Raquín, él la obligaba brutalmente á levantarse:

—¡No más comedias!—le decía.—¿Acaso lloro yo? ¿Acaso me prosterno también?... Tú haces todo esto para turbarme.

Los remordimientos de Teresa le agitaban de extraña manera; sufría más desde que su cómplice se arrastraba á su lado con los ojos encendidos por las lágrimas y los labios suplicantes.

La vista de aquel sentimiento vivo redoblaba sus terrores y aumentaba su malestar; era aquello como un reproche eterno que vivía en la casa.

Además, Lorenzo temía que el arrepentimiento llegara á impulsar á su mujer á revelarlo todo algún día, y hubiera deseado que ella hubiese permanecido rígida y amenazadora, defendiéndose con aspereza contra sus acusaciones.

Pero Teresa cambió de táctica: reconocía gustosa ahora la parte que tuvo en el crimen; se acusaba á sí misma, se hacía débil y temerosa, y de aquí procedía el que implorase redención con ardiente humildad. Esta actitud irritaba á Lorenzo, y sus querellas eran cada noche más impotentes y más siniestras.

—Escucha—decía Teresa á su marido:—nosotros

somos dos grandes culpables, y es necesario que nos arrepintamos si queremos gozar de alguna tranquilidad... Ve ahí; desde que yo lloro me encuentro más sosegada; imítame. Digamos juntos que somos justamente castigados por haber cometido un crimen horrible...

—¡Bah!—respondía bruscamente Lorenzo.—Dí lo que quieres, ya que eres hábil é hipócrita como el demonio. Lloro, si eso puede distraerte; pero te ruego que no me rompas la cabeza con tus lágrimas.

—¡Ah, cuán malo eres! Huyes del remordimiento. Eres cobarde, sin embargo, pues cogiste á Camilo descuidado, á traición.

—¿Quieres decir que yo sólo soy el culpable?

—No, no digo eso. Yo soy culpable; más culpable que tú. Yo debía salvar de tus manos á mi marido. ¡Oh! Conozco todo el horror de mi falta, pero procuro hacérmela perdonar y lo conseguiré; mientras que tú, Lorenzo, continuarás arrastrando una vida de desolación... Y ni aun tienes alma para evitar á mi pobre tía la presencia de tus innobles arrebatos de cólera. ¡Jamás le has dirigido la menor palabra que demuestre tu pesar!

Y Teresa abrazaba á la señora Raquín, que cerraba los ojos; daba vueltas á su alrededor, arreglándola bien la almohada en que reclinaba la cabeza, y prodigándola mil atenciones que exasperaban á Lorenzo.

—¡Eh! ¡Déjala!—gritaba él.—¿No observas que tu vista y tus cuidados la son odiosos? Si ella pudiera levantar la mano, te abofetearía.

Las palabras lentas y lastimeras de su mujer, y su actitud resignada, poco á poco le ponían ciego de cólera; observaba que ésta era ya una táctica adoptada, porque quería no hacer causa común con él; y encerrábase en sus recuerdos para evitar los abrazos del ahogado y á veces decíase que su mujer había elegido buen camino, que las lágrimas le curarían de su miedo y se estremecía ante la idea de quedar él solo para sufrir y tener miedo.

Y entonces hubiera que arrepentirse también ó por lo menos, desempeñar la comedia de los remor-

dimientos; pero no podía encontrar los sollozos ni las palabras necesarias, y adoptando la violencia, maltrataba á Teresa para irritarla y llegar ambos á los actos furiosos de locura.

Teresa procuraba permanecer inerte, respondiendo con lágrimas de sumisión á los gritos de cólera, y mostrarse tanto más humilde y arrepentida cuanto más ruido se manifestaba Lorenzo, á quien aquel contraste ponía furioso, y ella concluía entonces de llevarle al colmo de la rabia, haciendo el panegírico de Camilo, poniendo de manifiesto las virtudes de su víctima.

—¡El era bueno—decía ella,—y hemos debido ser muy crueles para acometer á aquel excelente corazón, que jamás tuvo un mal pensamiento!

—Era bueno, sí, ya lo sé—replicaba Lorenzo con ironía.—Quieres decir que era un bestia, ¿no es eso?... ¿Lo has olvidado?... Tú pretendías que la menor de sus palabras te irritaba, y que no podía abrir la boca como no fuese para soltar necedades.

—No critiques... Sólo te faltaba insultar al hombre que has asesinado... No conoces el corazón de las mujeres, Lorenzo: Camilo me amaba, y yo á él.

—¿Tú le amabas? ¡Ah! ¿De veras? ¡Vaya un chiste! Sin duda porque amabas á tu marido me tomaste por amante... ¡Todavía me acuerdo de cuando te revolcabas sobre mi pecho, diciéndome que Camilo te causaba repugnancia al hundirse tus dedos en su carne como en arcilla!...

—¡Yo le quería como un hermano!... Era hijo de mi bienhechora y tenía toda la delicadeza de los temperamentos endebles, mostrándose noble y generoso, servicial y amante!... ¡Y nosotros le hemos asesinado! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Teresa lloraba y se desmayaba; la señora Raquín la dirigía miradas fulgurantes de indignación al oír los elogios de Camilo en semejante boca; Lorenzo, no pudiendo nada contra aquel desbordamiento de lágrimas, se paseaba febril por el cuarto, buscando algún medio supremo para disipar los remordimientos de Teresa.

Todo el bien que oía decir de su víctima acababa por causarle cruel ansiedad, y algunas veces, arrastrado por los acentos desgarradores de su mujer, creía realmente en las virtudes de Camilo y, redoblabá su terror.

Mas lo que le ponía fuera de sí, conduciéndole á actos de violencia, era el paralelo que la viuda del ahogado jamás dejaba de hacer entre su primero y su segundo marido, y siempre con ventaja de aquél.

—¡Y bien, sí!—gritaba ella.—¡Era mejor que tú!... Yo preferiría que él viviese aún y que tú ocupases su lugar en la tumba.

Lorenzo se encogía de hombros.
—Por más que digas—continuaba Teresa animándose.—Acaso yo no le he amado cuando vivía; pero ahora lo recuerdo y le amo... Le amo y te aborrezco, mira... ¡Tú! ¡tú eres un asesino!...

—¿Callarás?—bramaba Lorenzo.

—Y él, es una víctima, un hombre honrado á quien ha matado un bribón. ¡Oh, no me asustas, no!... Tú sabes muy bien que eres un miserable, un hombre brutal, sin corazón, sin alma. ¿Cómo quieres que yo te ame cuando estás manchado con la sangre de Camilo?... Camilo era muy afectuoso para conmigo, y yo te mataría, oyes, si así pudiera resucitar á Camilo y devolverme su amor...

—¿Callarás, miserable?

—¿Por qué callar? Digo la verdad; compraría el perdón al precio de tu sangre. ¡Ah! ¡Cuánto lloro y cuánto sufro! Yo tengo la culpa si este infame ha asesinado á mi marido... Una noche he de ir á besar la tierra donde descansa. ¡Estos serán mis últimos deleites!

Lorenzo, ebrio, hecho una furia por los cuadros atroces que Teresa presentaba á su vista, se precipitaba sobre ella, la tiraba al suelo y la oprimía bajo sus rodillas, amenazándola con el puño.

—¡Eso es!—gritaba ella.—¡Pega, mátame!... ¡Jamás levantó Camilo su mano contra mí; pero tú, tú eres un monstruo!...

Y Lorenzo, irritado por aquellas palabras, la

sacudía furiosamente, la pegaba, hería su cuerpo á puñetazos, y en dos ocasiones estuvo á punto de estranglarla.

Teresa, molida á golpes, experimentaba áspero goce en ser castigada; se abandonaba, se ofrecía y hasta provocaba á su marido para que la quebrantase más.

Esto era otro remedio contra los sufrimientos de su vida.

Dormía mejor por la noche cuando había sido apaleada por la tarde.

La señora Raquín experimentaba vivas delicias cuando Lorenzo arrastraba á su sobrina por el suelo, magullándola el cuerpo á puntapiés.

La existencia del asesino era horrible desde el día en que Teresa tuvo la infernal ocurrencia de tener remordimientos y llamar á Camilo; á partir de aquel momento, el miserable vivió eternamente con su víctima; á todas horas oía á su mujer elogiar y recordar á su primer marido, y la menor circunstancia servía de pretexto para ello.

¡Camilo hacía esto! ¡Camilo hacía aquello! ¡Camilo tenía tal cualidad! ¡Camilo quería de esta suerte!...

Y siempre Camilo, siempre frases tristes que lloraban la muerte de Camilo.

Teresa empleaba toda su maldad en refinar aquella tortura que causaba á Lorenzo, para salvarse á sí misma, descendiendo á los detalles más íntimos: narraba las niñerías de su juventud, con suspiros de pesar, y así mezclaba el recuerdo del ahogado en cada uno de los actos de su vida diaria.

El cadáver, que frecuentaba ya la casa, fué introducido en ella completamente: sentóse en las sillas, junto á la mesa, tendióse en la cama, se sirvió de los muebles y de los objetos que ellos usaban.

Lorenzo no podía tomar un tenedor, un cepillo ni cosa alguna, sin que Teresa le hiciera saber que Camilo había tocado aquello antes que él, y chocado incesantemente contra el hombre á quien había matado, el asesino acabó por sufrir sensaciones raras que casi le enloquecieron.

Imaginóse, á fuerza de ser comparado con Camilo y de usar los objetos que éste había usado, que él era el mismo Camilo y que se identificaba con su víctima.

Su cerebro estallaba, y entonces se arrojaba sobre su mujer para hacerla callar, para no oír más las palabras que le llevaban al delirio.

Todas sus querellas terminaban á golpes.

XXX

Llegó un momento en que la señora Raquín, para librarse de los sufrimientos que la atormentaban, tuvo la idea de dejarse morir de hambre.

Ya le faltaba valor y no podía aguantar más tiempo el martirio que le causaba la continua presencia de los asesinos; deseaba encontrar en la muerte un supremo alivio, y sus angustias eran más intensas de día en día cuando Teresa la abrazaba ó Lorenzo la acogía en sus brazos para llevarla como á un niño.

Determinó librarse de aquellas caricias y de aquellos brazos, que tanto la horrorizaban.

La que no tenía suficiente vida para vengar á su hijo, prefería estar muerta del todo y no dejar entre las manos de los asesinos sino un cadáver que nada sentiría, y del cual podrían hacer lo que quisieran.

Durante dos días rechazó todo alimento, empleando sus postreras fuerzas en apretar los dientes, arrojando lo que se conseguía introducirle en la boca. Teresa estaba desesperada, preguntándose á sí misma al pie de qué guardacantón iría á llorar y arrepentirse cuando su tía hubiera dejado de existir.

Dirigió á ésta interminables discursos para probarle que debía vivir; gemía y aun se desesperaba, reproduciendo sus antiguos arrebatos y abriendo las quijadas de la parálitica, como se abren las de un animal cuando se resiste; pero la señora Raquín se mantenía firme en su resistencia. Aquella era una lucha repugnante.

Lorenzo permanecía neutral é indiferente, admirando el empeño de Teresa por impedir el suicidio de la imposibilitada: ya que la presencia de la vieja le era inútil, deseaba que muriese.

El no la hubiera matado; pero toda vez que ella deseaba morir, no veía la necesidad de negarla los medios.

—¡Y bien! ¡Déjala!—decía á su mujer.—Así nos libraremos de semejante estorbo... y acaso estaremos más felices cuando ya no exista..

Estas frases, repetidas con frecuencia, causaron á la señora Raquín extraña emoción; temió que se realizase la esperanza de Lorenzo, y que después de su muerte el matrimonio gozase horas de sosiego y de dicha, y entonces se dijo á sí misma que era una cobardía morir, que ella no tenía el derecho de suicidarse sin asistir al desenlace de la siniestra aventura, y que hasta entonces no debería bajar á la tumba para decir á Camilo:

«Estás vengado...»

La idea del suicidio la mortificó cuando repentinamente pensó en la ignorancia que la acompañaría al sepulcro: allí en medio del frío y del silencio de la tierra, dormiría eternamente atormentada por la incertidumbre del castigo de sus verdugos.

Para dormir tranquilamente el sueño de la muerte necesitaba adormecerse en la aguda alegría de la venganza, y llevar consigo un sueño de odio satisfecho; sueño que duraría toda una eternidad.

La parálitica tomó entonces los alimentos que le dió su sobrina, y consintió en seguir viviendo.

Por otra parte, adivinaba que el desenlace no podía hacerse esperar: cada día la situación entre los esposos era más tirante, más insostenible.



Era inminente un rompimiento que lo pondría todo de manifiesto: Teresa y Lorenzo se mostraron á cada instante más amenazadores el uno para con el otro; ya no era sólo por la noche cuando sufrían de su misma intimidad, sino que pasaban los días